

Don Prometido por Dios

UNA APELACIÓN URGENTE AL REAVIVAMIENTO, REFORMA, DISCIPULADO Y EVANGELIZACIÓN

Dios ha llamado en forma especial a la Iglesia Adventista del Séptimo Día a vivir y a proclamar al mundo su último mensaje de amor y verdad (Apocalipsis 14: 6-12). Pareciera imposible el desafío de llegar a más de 6 billones de personas en este planeta con su mensaje del fin del mundo. La tarea es abrumadora. Desde una perspectiva humana, no parece posible el rápido cumplimiento de la gran comisión dada por Cristo en una fecha próxima (Mateo 28: 19, 20).

La tasa de crecimiento de la iglesia sencillamente no va al par de la siempre creciente población mundial. Una evaluación honesta de nuestro impacto evangelizador actual en el mundo, nos lleva a concluir que a menos que se realice un cambio dramático, no terminaremos la tarea asignada por el cielo en esta generación. A pesar de nuestros mejores esfuerzos, todos nuestros planes, estrategias y recursos son incapaces para terminar de cumplir la misión dada por Dios para su gloria, en esta tierra.

LA PROMESA DE CRISTO A SU IGLESIA DEL NUEVO TESTAMENTO

El desafío de llevar el evangelio al mundo no es nada nuevo. Los discípulos enfrentaron en el primer siglo este desafío. Nosotros lo enfrentamos en el siglo veintiuno. La iglesia del Nuevo Testamento se enfrentó aparentemente a una tarea imposible. Pero habilitada por el Espíritu Santo, hubo en la iglesia una explosión de crecimiento (Hechos 2:41; 4:4; 6:7; 9:31). Aquellos primeros cristianos compartieron su fe en todas partes (Hechos 5:42).

La gracia de Dios desbordaba de su corazón hacia su familia, amigos y compañeros de trabajo. A solo unas cuantas décadas después de la crucifixión, el apóstol Pablo informó que el evangelio estaba siendo “predicado a toda criatura que está debajo del cielo” (Colosenses 1:23). ¿Cómo era posible que un oscuro grupo de relativamente insignificantes creyentes ejercieran un impacto sobre el mundo en tan breve tiempo? ¿Cómo podían tan pocos cristianos ser usados para cambiar el mundo para siempre?

La gran comisión de Cristo estuvo acompañada de su gran promesa. El Salvador les mandó a sus discípulos “que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre” (Hechos 1:4). El Salvador prometió: “Pero recibiréis el poder, cuando venga sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8).

El amor de Cristo controlaba cada aspecto de la vida de los discípulos y los motivaba a una entrega apasionada a su servicio. Buscaron a Dios para recibir el poder prometido de su Espíritu Santo y se arrodillaron ante él en actitud de sincera confesión y verdadero arrepentimiento. Su prioridad era obtener la bendición del cielo. Apartaron tiempo para la

oración y el estudio de las Escrituras. Desaparecieron sus pequeñas diferencias dentro del deseo consumidor de dar a conocer el amor de Dios a cuantos se encontraran con ellos. Los absorbía su intención de llevar el evangelio al mundo. Nada era más importante que eso. Reconocieron que eran impotentes para cumplir la misión sin el poderoso derramamiento del Espíritu Santo.

Al describir la experiencia de los discípulos, Elena G. White escribió: “Poniendo aparte toda diferencia, todo deseo de supremacía, se unieron en estrecho compañerismo cristiano... La tristeza llenó sus corazones al pensar en cuántas veces le habían apenado por su tardo entendimiento y su incomprensión de las lecciones que, para el bien de ellos, estaba procurando enseñarles... Los discípulos sentían su necesidad espiritual, y clamaban al Señor por la santa unción que los había de hacer idóneos para la obra de salvar almas. No pedían una bendición simplemente para sí. Estaban abrumados por la preocupación de salvar almas. Comprendían que el Evangelio había de proclamarse al mundo, y demandaban el poder que Cristo había prometido” (HAp 30.2).

Cristo cumplió su Palabra. El Espíritu Santo fue derramado con poder pentecostal. Miles se convertían en un solo día. El mensaje del amor de Dios ejerció su impacto en el mundo. En muy poco tiempo el nombre de Jesucristo estaba ya en boca de hombres y mujeres en todas partes. “Por medio de la cooperación del Espíritu divino, los apóstoles realizaron una obra que conmovió al mundo. El evangelio fue llevado a toda nación en una sola generación” (Ev 511.4).

LA PROMESA DE CRISTO A SU IGLESIA DEL TIEMPO DEL FIN

El derramamiento del Espíritu Santo en el Pentecostés, en la lluvia temprana, fue solamente un prelude de lo que vendrá. Dios ha prometido derramar abundantemente su Espíritu Santo en los días finales (Joel 2:23; Zacarías 10.1). La tierra será “iluminada con su gloria” (Apocalipsis 18:1). La obra de Dios en esta tierra terminará rápidamente (Mateo 24:14; Romanos 9:28). La iglesia experimentará un reavivamiento espiritual y la plenitud del poder del Espíritu Santo como nunca antes en la historia. Al referirse al derramamiento del Espíritu Santo en el Pentecostés, el apóstol Pedro nos asegura: “Porque la promesa es para vosotros, para vuestros hijos, y para todos los que están lejos, para cuantos el Señor, nuestro Dios llame” (Hechos 2:39). Y Elena G. White añade: “Antes que los juicios de Dios caigan finalmente sobre la tierra, habrá entre el pueblo del Señor un avivamiento de la piedad primitiva, cual no se ha visto nunca desde los tiempos apostólicos. El Espíritu y el poder de Dios serán derramados sobre sus hijos. Entonces muchos se separarán de esas iglesias en las cuales el amor de este mundo ha suplantado al amor de Dios y de su Palabra. Muchos, tanto ministros como laicos, aceptarán gustosamente esas grandes verdades que Dios ha hecho proclamar en este tiempo a fin de preparar un pueblo para la segunda venida del Señor” (CS 458.1).

Cientos de miles de personas aceptarán el mensaje de Dios para los últimos días a través de la enseñanza y predicación de su Palabra. La oración, el estudio de la Biblia y la testificación, son los elementos de todo verdadero reavivamiento. La manifestación del Espíritu Santo se intensificará conforme se aproxime el fin. “Pero cerca del fin de la siega de la tierra, se promete una concesión especial de gracia espiritual, para preparar a la iglesia para la venida del Hijo del hombre” (FV 335.3). “Miles de voces predicarán el mensaje por toda la tierra. Se realizarán milagros, los enfermos sanarán y signos y prodigios seguirán a los creyentes” (CS 597.1).

No hay nada más importante que conocer a Jesús, estudiar su Palabra, entender su verdad e ir tras la promesa del derramamiento del Espíritu Santo, con el poder de la lluvia tardía, para el cumplimiento de la gran comisión del evangelio. La profetisa de Dios para el remanente escribió en palabras demasiado claras como para que no pudieran malinterpretarse: “LA MAYOR y más urgente de todas nuestras necesidades es la de un reavivamiento de la verdadera piedad en nuestro medio. Procurarlo debiera ser nuestra primera obra” (MS 141).

Si un genuino reavivamiento espiritual es la mayor y más urgente de todas nuestras necesidades, ¿no deberíamos como dirigentes tener como prioridad el procurar con todo nuestro corazón esta prometida bendición celestial?

NUESTRA GRAN NECESIDAD: REAVIVAMIENTO Y REFORMA

Cuando procuramos a Jesús, él nos llena con su presencia y poder a través del don de su Espíritu Santo. Anhelamos conocerlo mejor. El Espíritu Santo despierta de nuevo las adormecidas facultades espirituales del alma. No hay nada que deseemos más que tener una profunda relación transformadora con Jesús. El corazón revitalizado experimenta una conexión vital con Jesús a través de la oración y la Palabra. La reforma viene a ser el cambio correspondiente en nuestra vida, que es resultado del reavivamiento.

“Deben realizarse un reavivamiento y una reforma bajo la ministración del Espíritu Santo. Reavivamiento y reforma son dos cosas diferentes. Reavivamiento significa una renovación de la vida espiritual, una vivificación de las facultades de la mente y del corazón, una resurrección de la muerte espiritual. Reforma significa una reorganización, un cambio en las ideas y teorías, hábitos y prácticas. La reforma no producirá los buenos frutos de justicia a menos que esté relacionada con el reavivamiento del Espíritu. El reavivamiento y la reforma han de efectuar su obra asignada y deben entremezclarse al hacer esta obra” (MS1 149.1).

COMPROMISO Y LLAMADO

Como dirigentes y representantes de la Iglesia Adventista del Séptimo Día reunidos en las oficinas de la Asociación General en Silver Spring, Maryland, Estados Unidos, en ocasión del Concilio Anual 2010, agradecemos a nuestro grandioso y asombroso Dios por su fidelidad y abundantes bendiciones derramadas sobre su iglesia desde su inicio. La rápida expansión mundial de su iglesia, tanto en términos de feligresía como de instituciones, es totalmente un milagro de Dios. Aun cuando alabamos a Dios por su maravillosa obra de cumplir sus propósitos a través de su iglesia y le damos gracias por los devotos dirigentes que han guiado a su pueblo en el pasado, reconocemos humildemente que a causa de nuestra fragilidad humana, aun nuestros mejores esfuerzos están manchados de pecado y necesitan limpieza a través de la gracia de Cristo. Reconocemos que no siempre ha sido nuestra prioridad buscar a Dios a través de la oración y su Palabra pidiendo el derramamiento del Espíritu Santo con el poder de la lluvia tardía. Confesamos humildemente que en nuestra vida personal, en nuestras prácticas administrativas y reuniones de junta, muy frecuentemente hemos laborado con nuestras propias fuerzas. Demasiado a menudo, la misión de salvar a un mundo perdido no ha ocupado el primer lugar en nuestro corazón. Algunas veces, ocupados en hacer buenas cosas hemos descuidado la

más importante: conocerlo a él. Demasiado a menudo, ambiciones y celos mezquinos y relaciones personales fracturadas han reemplazado nuestro anhelo de reavivamiento y reforma y nos han hecho trabajar con nuestras propias fuerzas en vez de hacerlo en su poder divino.

Aceptamos la clara instrucción de nuestro Señor con respecto a que: “El transcurso del tiempo no ha cambiado en nada la promesa de despedida de Cristo de enviar el Espíritu Santo como su representante. No es por causa de alguna restricción de parte de Dios por lo que las riquezas de su gracia no fluyen a los hombres sobre la tierra. Si la promesa no se cumple como debiera, se debe a que no es apreciada debidamente. Si todos lo quisieran, todos serían llenados del Espíritu” (HAp 41).

Confiamos en que todo el cielo está aguardando el derramamiento del Espíritu Santo en poder infinito para la terminación de la obra de Dios en la tierra. Reconocemos que la venida de Jesús se ha demorado y que nuestro Señor anhelaba venir décadas atrás. Nos arrepentimos de nuestra tibieza, de nuestra mundanalidad y de nuestra limitada pasión por Cristo y su misión. Podemos percibir el llamado de Cristo a una relación más profunda con él en oración y estudio de la Biblia y a una entrega más apasionada a compartir con el mundo el mensaje de los últimos días. Nos regocijamos porque: “Es el privilegio de cada cristiano, no sólo esperar, sino apresurar la venida del Salvador” (HAp 480).

Por lo tanto, como representantes de la iglesia mundial y en nombre de toda nuestra feligresía, nos comprometemos a:

1. Dar prioridad personal al hecho de buscar a Dios para un reavivamiento espiritual y el derramamiento del Espíritu Santo con poder de lluvia tardía en nuestra propia vida y en nuestro ministerio.
2. Apartar individual y diariamente una cantidad significativa de tiempo para el compañerismo con Cristo a través de la oración y el estudio de la Palabra de Dios.
3. Examinar nuestro propio corazón y pedir al Espíritu Santo que nos señale cualquier cosa que nos podría evitar el poder revelar el carácter de Jesús. Deseamos poseer un corazón dispuesto de manera que nada en nuestra vida entorpezca la plenitud del poder del Espíritu Santo.
4. Alentar a los involucrados en los ministerios de la iglesia a pasar tiempo orando, estudiando la Palabra de Dios y acercándose al corazón de Dios para entender sus planes para su iglesia.
5. Alentar a cada una de las organizaciones de la iglesia a apartar tiempo para que los administradores, pastores, obreros en el ramo de salud y de publicaciones, educadores, estudiantes y todos los empleados busquen a Dios y procuren juntos el derramamiento prometido del Espíritu Santo a través del estudio de la Palabra de Dios y la oración.
6. Usar todo medio de comunicación, conferencia y seminario o taller de trabajo, para apelar a los miembros de la iglesia a procurar una relación profunda con Jesús para los

prometidos reavivamiento y reforma.

7. Apelar e invitar urgentemente a la feligresía a unirse con nosotros al abrir nuestro corazón al poder transformador del Espíritu Santo que transformará nuestra vida, nuestra familia, nuestras organizaciones y nuestras comunidades.

Reconocemos especialmente que Dios va a usar a niños y jóvenes en este último poderoso reavivamiento y los animamos a todos ellos a participar procurando a Dios para el reavivamiento espiritual en su propia vida y la habilitación del Espíritu Santo para dar a conocer su fe a otros.

Apelamos a cada miembro de iglesia a unirse con los dirigentes de la iglesia y con millones de otros adventistas en la búsqueda de una más profunda relación con Jesús y el derramamiento del Espíritu Santo, a las 7:00 de cada mañana o tarde, siete días a la semana. Este es un llamado urgente a una ferviente intercesión global. Es un llamado a una total entrega a Jesús y a experimentar el poder transformador del Espíritu Santo que el Señor anhela darnos ahora mismo.

Creemos que el propósito del derramamiento del Espíritu Santo con el poder de la lluvia tardía es terminar de cumplir la misión de Cristo en la tierra, a fin de que pueda venir muy pronto. Reconociendo que nuestro Señor solamente derramará su Espíritu Santo en plenitud sobre una iglesia que siente pasión por la salvación de los perdidos, determinamos colocar y mantener el reavivamiento, la reforma, el discipulado y la evangelización, como lo primero en todas nuestras agendas de negocios de la iglesia. Pero más que todo, ansiamos que venga Jesús.

Instamos a cada administrador, director de departamento, empleado de institución, empleado en el ramo de salud, colportor, capellán, educador, pastor, y miembro de iglesia, a unirse a nosotros a hacer del reavivamiento, reforma, discipulado y evangelización, las prioridades más importantes y urgentes de nuestra vida personal y área de ministerio. Confiamos en que al buscar juntos a Dios, él derramará su Espíritu Santo en forma abundante, la obra de Dios en esta tierra habrá de terminar y entonces vendrá Jesús. Con el anciano apóstol Juan, clamamos: “¡Ven, Señor Jesús!” (Apocalipsis 22:20).